

Jorge Echeverri González*

LA DANZA DE LOS SIMBOLOS **

La historia de Colombia - ¿o será la historia toda? - está signada como una maldición, por la violencia. En los albores de nuestra independencia, cuando el ciudadano presidente Antonio Nariño, el 29 de Abril de 1813 quiso realizar la fiesta de la libertad y crear un símbolo que concitara la armonía nacional alterada por las facciones de partidos opuestos, invitó a los santafereños a sembrar el árbol de la libertad: un arrayán de cinco varas de alto.

No han acabado de congratularse por haber participado en tan "memorable acto" de "haber levantado el signo de la transformación de Cundinamarca" cuando un crimen trastornó el festejo. El mulatito Tomás, apenas un niño, esclavo del norteamericano coronel de topógrafos Antonio Bailly, apuñaleó a su amo.

¿Por qué lo hizo? ¿No aguantó más la esclavitud? ¿Oyó decir que ya todos eran libres e iguales, que se había acabado la esclavitud y que se plantaba el árbol de la libertad? El caso terrible fué que ese mismo día, a las cinco de la tarde era fusilado como castigo, que se quiso fuera simbólico, para que no se entendiera que el árbol recién plantado daba patente de corso a nombre de una aún no entendida libertad que apenas se estrena.

En Los árboles de la libertad se rastrea la influencia francesa en la actuación de los líderes criollos de una lejana provincia andina: el autor se concentra en su investigación en Santa Fé de Bogotá y en los años comprendidos entre 1794 y 1813. Hernández de Alba va mostrando cómo, "la revolución de la libertad afirmada en el derecho natural" va dando cuerpo a una nueva forma de ser social, que al principio no es claro, pero que poco a poco va desarrollando conceptos como el de "libertad", "independencia", "cambio", "legitimidad" y "poder", conceptos todos relativos e históricos y por ende signados del momento en que se implantaban.



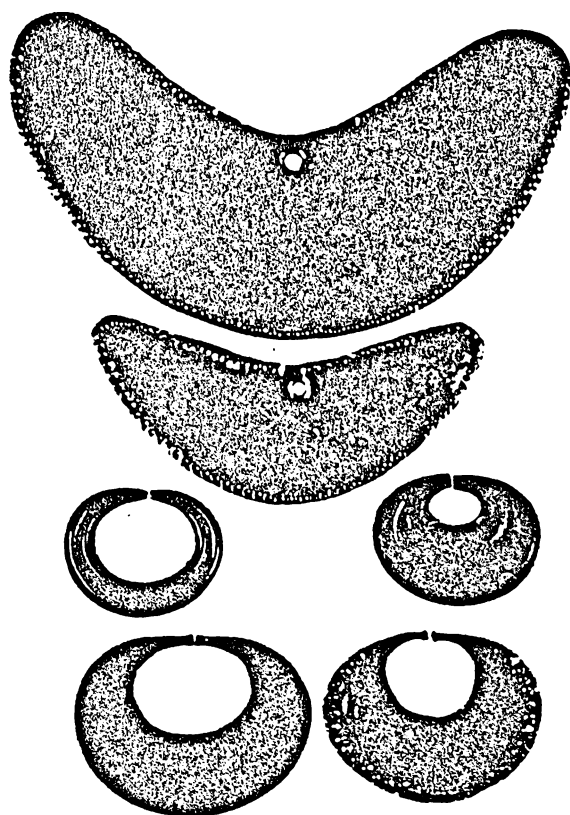
Ernst Barlach
Fausto. «Noche de Walpurgis»
Grabado en madera. 1923

* Profesor Universidad Autónoma.

** Reseña: Hernández de Alba, Gonzalo
los Árboles de la libertad.
Bogotá: Planeta, 1989. 153 págs.

El ensayo tiene valor, no en la reconstrucción de los hechos, suficientemente conocidos, sino en el enfoque interpretativo que les da, presentándonos una visión de la historia más allá de la descripción, para centrarse en el análisis y el significado.

¿Porqué los árboles de la libertad? Construir conceptos que tengan influencia social y alteren la vida de colectividades, es labor pedagógica ardua y lenta. Un momento donde la lectura, aún en Santa Fé influida de ilustración, es escasa, y donde las comunicaciones son parsimoniosas, con un transcurrir lento, extraño para nosotros, hijos del vértigo del cambio creciente, exigía de símbolos que desde lo concreto - el árbol recién sembrado - concitaran otras realidades abstractas: la libertad y la igualdad, los derechos del hombre y del ciudadano en un mundo donde son inimaginables. Los principios filosóficos no llegan hechos sino que crecen poco a poco, si se les riega diario del agua del practicarlos e irlos construyendo, pues son bastante arduos de traducir en conciencia actuante.



Colgantes y narigueras semilunares.

Así lo comprenden Antonio Nariño y los proceres afrancesados y de allí importan las palabras, los conceptos y los símbolos. El gorro frigio es uno de los más conocidos en la imaginería. El árbol de la libertad otro. Se quiere así remplazar la fuerte simbología religiosa que ha primado en la cultura de occidente. Ahora es el imperio de la razón ilustrada. La búsqueda de esa mayoría de edad que pide Kant al hombre que controla la sociedad y el mundo desde sí mismo y no por fuerzas míticas.

Se necesita cambiar una sociedad y construir otra. El camino es una campaña educativa que arraigue los conceptos. Los símbolos juegan papel importante, lo comprende Antonio Nariño: "Un símbolo fácilmente comprensible, de profunda raigambre intelectual y ramas que se extiendan sobre lo mejor del pasado, cubran el presente y abonen el futuro. Un símbolo que lograra sintetizar comprensiblemente las recientes luchas europeas y las nuevas esperanzas americanas" (p. 125). "Lo natural-real y lo simbólico-natural se confunden con la bondad, la moralidad y la nueva sociedad..." (p. 126).

El primer árbol se planta en la Villa de Honda a orillas del Magdalena el 19 de abril de 1813. El 29 de abril de 1813, en la ya mencionada fiesta se siembra un arrayán en Santa fe. No duró mucho pues una noche de Julio alguien desconocido lo cortó y huyó. Hubo que renovarlo, y esta vez se hace con un olivo, pronto arrancado por "insidiosos enemigos de la libertad". El que se le corte o arranque no perjudica porque el hacerlo también se carga de carácter simbólico, se quiere atacar lo nuevo que está creciendo en esta sociedad. El símbolo empieza a tener sentido de lucha y empieza a significar.

El análisis de los símbolos es uno de los aspectos interesantes del ensayo de Hernández de Alba, al cual le dedica el capítulo V: "La danza de los símbolos". "El juego propio de los símbolos es altamente unificador es cierto, pero también es discriminador" (p. 151). Polariza a la comunidad que los acepta, acata y se identifica con ellos y a los que no aceptan los conceptos que significan, aun cuando también para ellos funcionan como símbolos. "De todas formas, lo que se pide al símbolo y a los sistemas simbólicos no es otra cosa que el permitir con facilidad el reconocimiento de su contenido expresivo, lo que se hace tanto más fácil, cuando los miembros de la sociedad han llegado a ponerse de acuerdo en torno de su posible significación" (p. 153).

Este ensayo de Hernández de Alba me lleva a pensar si en el actual momento de finales del siglo XX, crucial como lo fueron los años que abarca su trabajo hace 200 años, estaremos huérfanos de imaginarios simbólicos que unifiquen de nuevo nuestra conciencia nacional o social.

¿Qué nos identifica? ¿Con qué valores actuamos, construimos la nueva sociedad colombiana post-constitución del 91? ¿O sólo hay dispersión y desencanto? ¿Podemos construir modelos culturales alternativos que redefinan nuestras relaciones y nuestro actuar en el mundo? He aquí un inmenso campo abonado para los teóricos de la cultura.

En ese entonces, como ahora, aunque desde otra perspectiva, "se estaba inventando la República, se estaba creando la libertad y se aspiraba a la igualdad y la fraternidad". Hoy, el optimismo heredado de la ilustración francesa que confiaba en los valores naturales del hombre, probablemente se ha agotado. El uso de la razón ilustrada no evita hoy el irrespeto a la vida, a la tranquilidad, y la masacre, el riquecimiento fácil y la falta de respeto y solidaridad social imperan como una razón individual alterada incontrolable por el estado. Es necesario entonces, que nuevas vías a la interpretación de lo que es el hombre y cómo debe ser su comportamiento social, se abran a la reflexión del filósofo, del político, del sociólogo.

Una de ellas, nada despreciable, es la componente del poder. Desde la Revolución nos hemos acostumbrado al dogma del estado llamado "democrático" como única alternativa, a nombre del cual incluso se declaran guerras y se interviene por el imperio vigente convertido en policía internacional. Este estado democrático está basado en los 3 poderes separados y supone los conceptos filosóficos de libertad para todos, igualdad, y demás derechos enunciados en la declaración respectiva y acogidos en Asambleas internacionales. Pero 200 años no han sido suficientes para convencernos de la verdad y de la bondad del modelo.

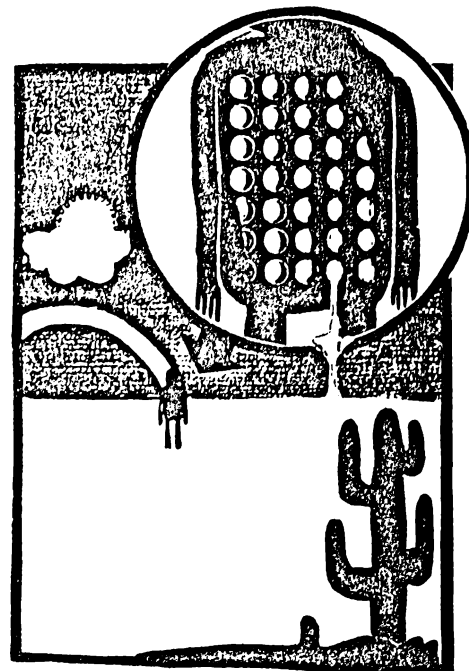
De hecho, los poderes, con frecuencia son más de tres, si se considera, como lo hacen muchos, por ejemplo el poder de la información, o los poderes económicos y de gremios o sindicatos privilegiados, que en la práctica cogobiernan. También se establecen maridajes que desdibujan la separación. Los mismos personajes pasan del legislativo al ejecutivo y viceversa. El poder judicial amarra al legislativo y no deja avanzar ni tímidas reformas constitucionales. Se impone un golpe de opinión propiciado también por el ejecutivo para cambiar

el estado y en asuntos de menor monto a cada momento se invaden los terrenos de otros poderes, por ejemplo legislando a la medida para escamotear la acción de los jueces. Se cambia legislación por prevendas burocráticas. El poder electoral apenas se ejerce entorpecido por el clientelismo. El poder de la intelectualidad se destaca por su ausencia.

Si se están terminando las ideologías se impone el pragmatismo rayano en maquiavelismo. No hay razones de estado sino intereses personales o de grupos.

En este panorama estamos en mora de repensar y replantear las formas de gobierno y de estado. El pueblo nunca ha tenido poder real. ¿Para qué mantenemos las farsas de las representaciones que solo se representan a ellos mismos?

La historia debe servir para repensarnos, y el ensayo de Gonzalo Hernández de Alba, en mala hora desaparecido, debe ser una oportunidad para revisar el esquema optimista que heredamos de la Revolución Francesa y que tal vez ya se haya agotado. ¿Nos podremos inventar otro, o tendremos, de nuevo, qué importarlo?



Arno Waldschmidt
(Rixdorfer Presse)
"La Gran Aventura",
de H. C. Buck, 1970